

# EL IDIOMA GALLEGO, HOY

**L**A situación del idioma gallego va tomando estado público, incluso polémico, pero los que ven el asunto desde «afuera» no suelen plantearse correctamente como, por ejemplo, cuando lo comparan con el catalán, que es históricamente muy distinto. La lengua gallega tuvo, hasta entrado el siglo XVI, existencia social a todos los niveles, incluso, en cierto modo, en el intelectual. En la lírica, desde finales del XII, todo el XIII —su «siglo de oro»— y mucho del XIV, ejerció «un verdadero imperialismo peninsular» (Menéndez Pelayo) y trovaron en ella reyes y roques, a veces memorablemente, como en las cántigas (en gallego siempre se dijo cántigas y no cantigas) marianas de don Alfonso, y en su contrafaz: las trovas «de es-

nes del Renacimiento, que la imprenta, como nueva y más grande tentación, facilita y expande, halla al gallego confrontado con un proceso represivo más general: proceso muy áspero, cazurro y pugnaz, como solía ser la política, especialmente la represiva, de los Reyes Católicos. (No sé por qué inexplicable casualidad, mi pueblo, tan monárquico y católico, tiene una ominosa calle dedicada a doña Isabel, de veinte metros de larga, sin más que un número domiciliario y que termina en un evacuatorio público que la deja en callejón sin salida. Para alivio de mi conciencia, avisé de la afrentosa contradicción en el periódico local, mas no me hicieron caso, supongo que por atribuirme condición de «rojillo», o sea, de irracional malintencionado

## Eduardo Blanco-Amor

carnio y maldicer», que se citan y se celebran mucho menos, supongo que por el sentido reverencial de la monarquía y de la creencia, que siempre ejercieron su caliginosa pesadez sobre la historia de España tanto en hechos como en escritos. Hoy no hubieran pasado por la censura ni por la presunta censuranda (invento estas palabras por parentesco fonético —y otros— recordando que en mi mocedad hubo una dictadura y una dictablanda), como ocurrió el Día de las Letras Gallegas, 17 de mayo del pasado año, que la «ya» censuranda se cargó, a nivel de suspicacia delegada y provincial, un texto poético entero del buen arzobispo, que en paz descanse, Lago González, como si hubiera tenido tiempo de ser posconciliar.

La larga agonía letrada del gallego rinde sus finales ondas, elegíacamente manieristas, en el Cancionero del escribano Baena, en pleno gótico florido, donde aún bulle un buen golpe de poetas forasteros que lo habían adoptado para su trovar, como un esperanto lírico, entre ellos el marqués de las Serranillas, que también habían nacido gallegas... No alcanzó —y a eso íbamos— igual existencia y categoría la prosa —que es la lengua de la inteligencia—, mientras no se demuestre, por lo menos, que el «Amadis» nació también gallego, lo que ya sería otro cantar en relativa prosa. (Aviso: Anda por ahí la especie, más bien policíaca, de que «un noble madrileño» tiene en su poder el códice que lo demostraría, y que no lo suelta por patriotismo centralista; lo que, de ser verdad, justificaría una operación de comandos eruditos, con los aguerridos miembros de la Real Academia Gallega haciendo punta.) Y no alcanzó, digo, similar categoría la prosa por cuanto la condición especulativa y creadora de ficción

«a priori» y sin derecho a la indignación.)

Continúo con el rollo, después de pedir perdón al lector por sus inevitables y colaterales subproductos: La lengua gallega, con sus pocas aficiones anteriores, no se sabe bien por qué, a la prosa escrita, se fue quedando en lengua hablada, reflejo y usualidad en el existir gallego: coloquios, paremios, nomenclaturas para menesteres y oficios: eso sí, sin arcaizarse; viva siempre, abundante, corrilera y animosa hasta el mismo hoy. En lo demás de los otros romances, se fue frustrando por el absentismo y dejación de las clases «altas» en lo social y en lo intelectual. Por ello fue quedándose en lengua uniclasista, o sea, clasista, pero tirando hacia abajo.

Estas son las razones sociopolíticas más aireadas y «mecanicistas» que se dan para explicar el caso; yo creo que tiene que haber otras más misteriosas y profundas que quizá puedan reflejarse cuando el estudio de la historia deje de ser ese armatoste cientificista que hoy es, y vuelvan a consultarse las sinrazones, que son notable entresijo y fundamento del «ser» humano, con el derecho adjunto a pedir parecer a lo —provisionalmente— inexplicable. (Esto no quiere decir la «intrahistoria» unamuniana, que es una coña palabarrera de las muchas del fulgente Rector, ya extinguido, pero de otro modo que el precocemente decretado por las derechas de su tiempo, «conocedoras» de sus textos sólo por su diabólica emanación a distancia.)

En este aspecto de su guadiánico uso-desuso, que pareciera producto de algún «sistematismo» inconsciente, se produce la paradoja, que es casi una constante, de que los mismos que defendieron con denuedo mayor y superior palabarrera la rehabilitación del idioma ga-

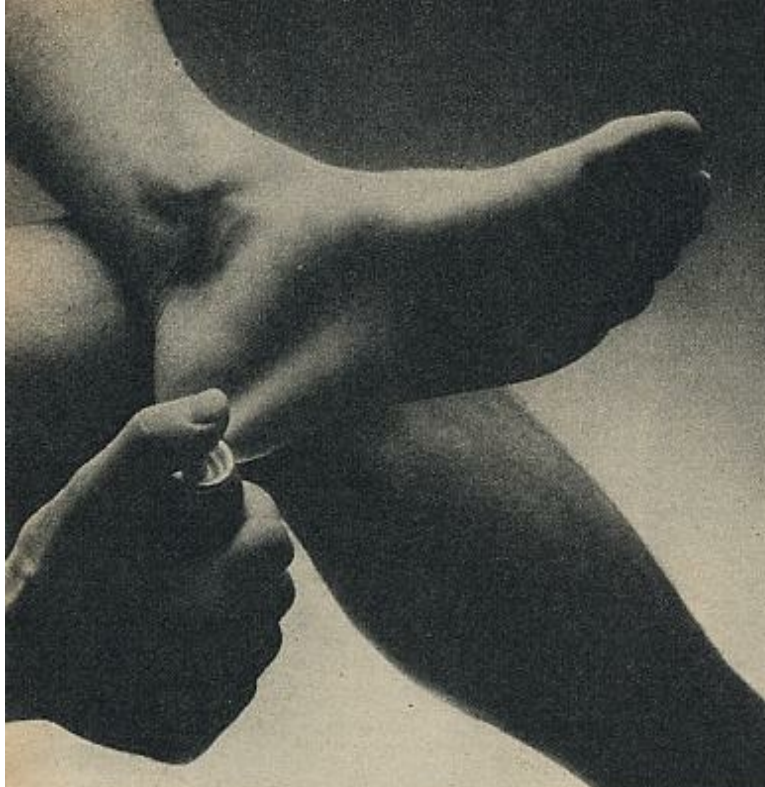


El idioma gallego se fue reduciendo a ser habla de labradores y artesanos. Y allí fue donde, al amparo de averiguaciones incitantes que trajo el Romanticismo, muy tardío en Galicia, lo recobraron exclusivamente para versear, Rosalía de Castro, Pondal, Curros Enriquez. (Monumento a Rosalía en el paseo de Padrón).

llego, no escribieron en él ni palabra, o poco más; desde el conde de Gondomar, en el XVII; el padre Sarmiento —¡qué tizao sabiendo y enfadándose!—, en el XVIII, hasta los «concienciadores» (se llamaron a sí mismo «precursores») del XIX, desconocieron en la práctica la existencia y ejercicio literario del mismo idioma del que se mostraron irritados paladines y muy razonables patriotas.

Así que el idioma gallego se fue reduciendo a ser habla de labradores y artesanos. Y allí fue donde, al

amparo de averiguaciones incitantes que trajo el Romanticismo, muy tardío en Galicia, lo buscaron o recobraron, exclusivamente para versear, Rosalía Castro, Eduardo Pondal y Manuel Curros Enriquez, y por ello fueron llamados los precursores; y más tarde —ciego desde muy joven—, aunque con otra voluntad de estilo, Valentín Lamas Carvajal, que resultó ser el precursor entero y verdadero en la adopción y amplio manejo de la prosa, incluso de la periodística —fue periodista profesional toda la ▶



Elimine el mal olor de sus pies, normalizando su transpiración excesiva, con el nuevo spray

## ANTITRANSPIRANTE Pedi-Relax

Sus pies pasan dos tercios de la jornada diaria encerrados en zapatos y calcetines, a menudo poco adecuados, que no permiten una aereación normal del pie. Como resultado, éste suda en exceso, convirtiéndose el sudor en una fuente de gérmenes y bacterias que provocan un molesto olor que puede ofenderle a Vd. y a los que le rodean.

El nuevo spray antitranspirante Pedi-Relax



**Pedi-Relax**  
antitranspirante

También en crema y espuma antitranspirante

(Sólo en farmacias)

lax, contiene principios activos que frenan y regularizan la secreción sin detenerla, actuando progresivamente, controlando el exceso de transpiración con mayor o menor actividad, según sea mayor o menor el grado de sudor, y perfumando sus pies al mismo tiempo que los protege y descansa.

Fácil de aplicar, por su presentación en spray, puede también pulverizarse en zapatos y calcetines.

## EL IDIOMA GALLEGO, HOY

vida—, antes de él inexistente. Lo consiguió torrencialmente, aun ciñéndose, y este es su mérito mayor, al habla que tenía a mano habilitándola para el relato, la noticia y la polémica, si bien eximiéndola de servir como calco «pintoresco» y ruralista; y al mismo tiempo evitando la introyección en el gallego de aquel estilo palanganudo o «del Sinaí» del castellano declimonónico, cuyo trompeteo, más bien pedere, retoricista resultaba aún más cargante insuflado en el plácido «tempo» intemporal del viejo romance irónico, modesto y cauteloso de labriegos, mareantes, artesanos de los burgos; hidalgos reconcillados con la tierra y de mujeres parlanchinas y cantarinas... Pero en el hecho, integralmente considerado, y hasta los precursores, el gallego vivió sin letra de molde casi los mismos siglos de la imprenta. A la operación se le llamó «Rexurdimento» y su primer impulso estuvo destinado a lograr, a la par que una restauración, una saturación casi empalagosa de la poesía, dicho sea sin faltar.

• • •

Interludio sobre doña Emilia, acerca de una frase que va más abajo: doña Emilia, nombre casero que le damos a la condesa de Pardo Bazán, es una de mis grandes pasiones literarias cuando «no» escribe novelas de la gallegaldad «turística» y estival; del «pasando por allí» y como si la cosa no fuese con ella. La «cosa» era el hambre, la enfermedad, el analfabetismo endémico, el tragicómico caciquismo, el señorío analfabeto de la conducta. Y los manumitidos de todo ello; lo eran para marcharse —aún no había empezado América— de aguadores a Madrid, de barrenderos a Cádiz, de faquines a Sevilla, de criados a Lisboa y de involuntarios portadores de la leyenda gallica negra en la docilidad, coadyuvante y barata, de sus músculos; o sea, «la Raza» como suministro de temas literarios. Y ahí queda eso hasta otro veraneo. La resplandeciente y triunfal doña Emilia —algo había de dársele en contra en medio de tanta opulencia fisiológica, económica y social— tuvo en vida dos prematuros y excesivos monumentos, los dos de cuerpo entero, los dos de mármol asaz perecible, y los dos de Coullaut Valera, que ya es mucha fatalidad: uno en La Coruña y otro en Madrid, que ella bautizó, para sus cotilleos literarios, como «Marineda»; a la que también Grandmontagne, tan buen periodista pero sin duda en un momento de descarrío, nombró «Madrid marítimo», ya que, como es sabido, cursilería que se pierde va a dar en Galicia.

Pues bien, mi adorada doña Emilia, y para que se entienda bien lo que dejó dicho la traje tan largamente a cuento, decía allá por los

años noventa, con su señorial retranca displicente para que no se le notase el despecho que ella, tan universalera y exclusivista, parecía sentir ante la seriedad que iba tomando el «Rexurdimento» del habla hasta entonces «rústica»; decía, pues, la condesa: «Acabo de recibir otro libro en gallego, naturalmente en verso». En realidad, la frase tanto podía describir el hecho con ironía como lamentarlo como una frustración. Queda la pregunta: ¿por qué no intentó, con el ejemplo catalán, tan «ahí», cubrir lo que reprochaba en los otros como déficit? Otro tanto podría decirse de Valle-Inclán. Y no traigo estos casos aquí como tontamente «vindicativos», sino porque encierran una posición sumamente contradictoria, un misterioso desasimiento de la lengua natal por parte de nuestros grandes escritores, resistentes, cuando menos, al bilingüismo; cuestión sobre la cual todos hemos vociferado sin entrarle críticamente.

A lo que íbamos: el segundo «Rexurdimento», ya en las primeras décadas del siglo, significó, más espontáneamente que programáticamente, el triunfo de la prosa escrita. Todos sus promotores, como sus ya subproductos, somos; antes que nada, prosegadores convictos y confesos. Pero como lo poético parece ser inherente al alma gallega, ocurrió que en el deslinde se mezclaron en la prosificación bastantes poetas, contando entre los tenuous y los rimbombantes. Los mejores, los tenuous, los más hacia dentro, los «animales de fondo» (J. R. J.) tuvieron la cortesía («Sappi frate carissimo que la cortesía é una de la propiedade de Dio», San Francisco de Asís) de morirse jóvenes, no sólo para no perder su condición angélica, sino para no quedarse flotando, inactuales y estorbones: Amado Carball, Manuel Antonio y, en castellano, Feliciano Roldán; otros sobrevivieron dejando, o casi, la poesía: R. Carballo Calero, F. Bouza Brey, etc., para prosificarse, que era tanto como mayorizarse, en la prehistoria, en la lingüística, en la arqueología, en la alta crítica, en la narrativa... «toda bella cosecha», como dijo el negrito Rubén. A los cuarenta años del reconcomido molino de doña Emilia, Castelaio, que naciera polifacético y algo milagro, nos daba la novela larga «Os dous de sempre», y antes de ella, trabajos que no pueden llamarse menores más que en el tamaño, y el primero, sus «Notas de un viaje europeo» —en la revista generacional «Nos», verdaderamente inaugurales para la aceptación del nuevo compromiso de trabajar la prosa gallega como mentalización exigida para la aptitud analítica de nuestros problemas y para la invención literaria en función de las corrientes del mundo sin previo pago a «lo español» si éste no se hallaba en una

línea de coincidencia. Queda abierta la esclusa desde las primeras décadas del siglo: Otero Pedrayo, Vicenta Risco, Filgueira Valverde, Johan Viqueira, Rafael Dieste, Eugenio Montes y el resto proficuo que formamos, con nuestros primeros andares, la población continuadora de la revista «Nos». La eficacia de esta revista, como duración y símbolo, queda enmarcada por estas dos fechas de su vida fecunda y de su muerte violenta: 1920-1936. Dejo en sólo mención las colecciones de novela corta: «Céltiga», «Lar»..., que están esperando su antologización y estudio.

Termino, pues, con estas pocas noticias sobre la situación actual del idioma gallego. El segundo «reurdimento» cultural (y esperemos que subsiguientemente el político) en que todavía se está, como necesario desquite del arcaico, y poco menos que unánime, vicio lírico, llegó al siguiente resultado: por cada libro de poesía se publican hoy veinte en prosa: narrativa, ensayo, investigación histórico-crítica, teatro, ciencias del idioma, etcétera. Esta actitud apunta a una matización gallega de la cultura («Galicia como célula de universalidad», programaron los mozos de hace cuarenta años); comporta una voluntad, y no sólo una «iluminación», empezando por el desigmo metódico de usar, escardar y acrecer lo que «nos es» el idioma, más allá de su existencia como «habla», hasta hace poco trabado en su devenir por la dominante tradición morfológica rural-popular que desemboca, con sus méritos y limitaciones, en la gran poesía gallega del XIX, y que significó un primer estado de conciencia, empero más como «sino» que como programa.

Pero una cultura de poetas (dejando en sus gloriosas hornacinas el múltiple *epos* como una relatividad de la poesía y de la cultura) no tiene otro itinerario que el llegar (a veces deslumbrantemente, ya lo sé) a cualquier *trovar clus* o gremial hermetismo y suministro de unos poetas para otros; y aun quedarse en narcisismo u onanismo del siempre Incomunicable sentimiento personal, como vicio ornamental y lúdico del alma, en el fondo siempre insolidaria; o, al revés, desmelenarse, proyectarse y estrellarse en la poesía de «contenido», entre lo didascálico y lo social, aunque puesto en solfa, por lo general mala y, al final, aburrida.

Ya en las décadas del veinte al cincuenta fue posible traducir al gallego partes del «Ulises», y no hace mucho, un texto de Heidegger en envío directo. Y, por otra parte, ya empiezan a requerirse textos gallegos para la traducción. La gallega, pues, pide la palabra entre las otras tres «lenguas patrias» para expresar sus aceptadas obligaciones en el narrar y el cavilar que apenas contaban con antece-



¿Por qué no intentaría la Pardo Bazán, siguiendo el ejemplo catalán que lo tenía tan a la vista, cubrir lo que reprochara en los otros como déficit: a saber, el hecho de que los escritores gallegos no produjesen más que versos?

dentos, ni casi con lectores: tarea de escritores «suelto» sin siquiera una coherente estructura generacional, y al margen de una Academia apenas «real» y más bien sólo ceremonial, que hasta hace poco publicaba todos sus documentos en castellano. Para el total menester se añade el relevo nutridísimo a cargo de los actuales jóvenes gallegos, como parte de una sensibilidad no sólo literaria, sino social y política, empeñados en enterrar para siempre el complejo de «malpocadiños» y «con permiso de ustedes» que todavía subyace en la justificación nacional de los gallegos: «Jalle guifios», españoles de tercera, periódicamente redescubiertos (más allá de ser productores de mariscos para mandos, jefes, delegados y ejecutivos en visitas de condescendencia) como un poco más altos, blancos y expresivos que los bosquimanos o como apacibles salvajes rusionianos, o como en un texto-homenaje del tan recordado y agudo Alfonso Reyes, escrito y publicado en ocasión solemne (1), por donde desfilamos, entre los hispánicos, como «forzudos gallegos melancólicos», especie de lentos carabaos entristecidos, que sigue siendo, más o menos, la resumida imagen que se

(1) «Exequias», por Federico García Lorca. Buenos Aires, 1936.

idioma. Además de la ya sólida veterania de Galaxia, funcionan Castrelos, Xistral, Arealonga y la reciente Llibral, con su divertido nombre de medicamento (no sé si me olvido de alguna).

Vuelve ahora la madrileña, bajo el patronato de «Brais Pinto», afilador, algo legendario como todos ellos, de mi obispado y provincia: oficio rodante y ecuménico, como el de paraguero, igualmente orensano, y anexo al de capador con su flauta panida por los caminos del mundo. El grupo se compone de estudiantes, profesores, empleados y obreros. Gracias a Dios, sus libros son en prosa. Los dos primeros acaban de llegarme, de relatos y cuentos, por más señas. Se sitúan en los dos extremos vocacionales y técnicos con que el género suele tratarse en la circunstancia gallega. Ramón de Valenzuela, responsable de una anterior «novela de guerra», aunque no «de frente de batalla», sino explayada, como su resonancia, por valles y montes de suyo pacifistas, donde el tema se ensambla, perturbándola, en la vida natural. Nos da ahora con su «O Naranxo» unos encantadores cuentos comarcales en los que vuelve a hacerse presente el encanto del gallego popular, tratado lejos de lo folklórico, con su plasticidad y su entresijo formado de humorismo y a veces de contenida ternura y transparentando, confesadamente, el modo de Castela. Valenzuela acentúa aquí su maestría para contar cosas «de aldeas» —este mismo licenciado en Letras y profesor es un aldeano del valle del Deza—, entre lo comprobable y lo mágico, que son los factores inseparables de nuestro «realismo» cuando no se dicotomizan profesionalmente como en Valle-Inclán o en el admirable Cunqueiro. El otro libro, «Fins do mundo», de Bernardino Graña, poeta, autor de ensayos, con una importante obra de teatro, es de ambiente marinero, aunque sin hazañas «del mar», sino empapado del vivir y «pouso» de un pueblo pescantín que lo refleja oblicuamente: la península del Morrazo, centrada en la villa de Cangas. Sus temas, casi en el sentido musical del vocablo, están montados sobre una «suite» de las Rubaiyyat, de Omar Kheyyan, nuestra golosina de lectores, allá por la década de los veinte, porteños. Su estilo, tan «dado» y natural, está, empero, trabajado intensamente por la nutrida retranscripción intelectual de este escritor, muy al día en tendencias y escuelas. El resultado es una obra sólida y grácil al mismo tiempo, que testimonia uno de los buenos logros de nuestra prosa narrativa; quizá de nuestro connatural expresionismo narrativo, del que son tributarios, con intención y sin ella, total o parcialmente, Valle-Inclán, Castela, Fernández Flórez, Cunqueiro, Torrente Ballester y (con perdón) el abajo firmante. ■ E. B.-A.